

EL HABLA FOLKLÓRICA Y LA EDUCACIÓN

Edward Faustino Loayza Maturrano

Universidad Nacional Agraria La Molina – Lima

edwloma@yahoo.com

Resumen

El presente artículo aborda la relación existente entre educación y el habla folklórica, analizando su problemática actual en la práctica pedagógica, su justificada importancia en la formación humana, y el papel que cumple el ‘curso’ de ‘Lengua y Literatura Castellana’-ahora llamada “área” y “Comunicación” respectivamente- en el proceso de enseñanza-aprendizaje de la educación formal básica y superior. Asimismo, se esboza una propuesta educativa desde el curso de Lengua y Literatura para promover y desarrollar en la educación formal la conciencia sociolingüística sobre el folklore verbal pluricultural propio de nuestro país.

Palabras claves:

Folklore, lengua, educación, enseñanza, aprendizaje, sociolingüística, habla folklórica, folklore verbal.

Abstract

The present paper approaches the existent relationship between education and the folkloric speech, analyzing its current problem in the pedagogic practice, its justified importance in the human formation, and the paper that completes the ‘course’ of ‘Language and Castilian Literature’ -now call “area” and “Communication” respectively- in the process of teaching-learning of the basic formal education and superior. Also, an educational proposal is sketched from the course of Language and Literature to promote and to develop in the formal education the conscience sociolinguistic on the folklore verbal multicultural characteristic of our country.

Key words:

Folklore, language, education, teaching, learning, sociolinguistic, speech folkloric, verbal folklore.

I. Introducción

Si se hace memoria, la lengua española desde sus comienzos se nutrió de las hablas de los distintos pueblos que fueron invadiendo España: iberos, celtas, fenicios, germanos, romanos, visigodos, árabes. Todos aquellos pueblos fueron dejando en la Península vestigios de sus diversas formas lingüísticas. Pero de todas ellas, el latín fue la lengua que más influyó en la formación del primitivo romance castellano, que más tarde pasó a ser la lengua castellana.

De igual modo, la lengua castellana en el Perú ha sufrido, sufre y sufrirá variaciones de habla, pues en tanto sea lengua viva habrá cambios lingüísticos. Estos cambios suponen el paso de un estado a otro, el cual ocurre en un plano esencialmente histórico o diacrónico; sin embargo, dentro de un mismo estado lingüístico una misma sincronía, se producen diversas variaciones lingüísticas. Estas variaciones glotológicas se originan por el uso social y funcional del habla en las múltiples redes interaccionales que establecen los miembros de una misma comunidad lingüística (variaciones glotológicas intradialecto). Igualmente, existen también variaciones glotológicas producidas por el uso del habla en las múltiples redes interaccionales que establecen entre sí los miembros de dos o más comunidades dialectales, o dos o más comunidades lingüísticas (variaciones glotológicas inter-dialecto e inter-lengua¹ correspondientemente).

Si nos remontamos a principios de la época colonial la lengua quechua en su variante Chinchay² fue la más hablada en esta parte del planeta; la cual

^{1.} No se debe confundir el fenómeno variacional del habla producto del contacto entre hablantes de distinta lengua que aquí se le llama 'inter-lengua' con la categoría 'interlengua' que es el empleo de un código intermedio transicional producto del contacto de dos comunidades lingüísticas; una menos prestigiosa que en la búsqueda del aprendizaje de la lengua más prestigiosa, no lo aprende aún con competencia mínima suficiente, debido a que no ha completado el proceso de adquisición lingüística. Por ello, la forma de habla socialmente en uso es una especie de semilengua que no se ha desprendido de la lógica subyacente y los rasgos lingüísticos de la lengua materna.

^{2.} La política lingüística inmersionista implantada en el incanato posibilitó la generalización de la lengua quechua de variante Chinchay en los pueblos conquistados. Esta medida no provocó el exterminio de las lenguas y dialectos, sino, por el contrario, produjo la convivencia lingüística, originando el fenómeno del bilingüismo y bidialectismo respectivamente en estas naciones.

mantuvo su condición de ‘comunidad de habla’³ con mayor número de hablantes hasta bien entrado el periodo republicano; a pesar de la política lingüística de asimilacionismo radical puesta en práctica en los tiempos del coloniaje.

Por ello, aunque, actualmente, el quechua es la segunda lengua más hablada en nuestro país; no podemos desconocer la raigambre cultural y lingüística ancestral que moldea, incluso desde el vientre materno, la adquisición del habla castellana; la que es hoy, la lengua más hablada en nuestro territorio patrio.

No se puede olvidar que la cosmovisión andina tiene su vertebración en la cultura popular, ya que la *mass pópuli* (masa popular) a lo largo del tiempo ha sido, y sigue siendo, mayoritaria. Folklore es la denominación que caracteriza a esa personalidad social, la cual alude a una variopinta constelación de tradiciones, creencias y costumbres de las clases populares.

El folklore desde siempre ha sido un factor social de variación e innovación en el uso de toda lengua dentro de las sociedades; por esta razón, darle atención y estudio es necesario menester para entender los futuros cambios lingüísticos que se están gestando.

Dentro de ese amplio campo de estudio que supone el folklore, se encuentra el llamado ‘folklore verbal’, pues se constituye en uno de los actos sociales que más caracteriza al pueblo. Estos actos socioverbales son principalmente orales, aunque también escritos. Así, cuando se emplea el registro informal, el argot popular y la jerga coloquial en actividades comunicativas tales como conversaciones, soliloquios, canciones; los actos socioverbales son eminentemente orales. Mientras que, si se emplean impresos panfletarios en mercados, asociaciones o agrupaciones populares, en los diarios chicha⁴, los grafitis, entre otros; los actos socioverbales son escritos.

3. También llamada ‘comunidad lingüística’, caracteriza al conjunto de hablantes cuyos miembros comparten una forma de uso de su lengua. De allí que existan tantas comunidades lingüísticas como formas de uso hayan. Así tenemos, por ejemplo, a las comunidades de habla de los distintos sociolectos y registros.

4. Se les denomina también ‘prensa amarilla’, caracterizada por recoger y emplear el lenguaje popular como estrategia de mercadeo para tener aceptación en su público objetivo. Este fin comercial hace que se actualice constantemente ante las innovaciones jergales propios del argot popular.

II. Análisis del estado de la cuestión

La cultura popular es agente dinámico que se mueve desde la realidad cotidiana sociocultural de la comunidad hacia el lenguaje, para que éste a su vez nos pueda presentar el mundo. La prioridad del lenguaje sobre el pensamiento y la realidad, o de la realidad y el pensamiento sobre el lenguaje, queda subsumida en una relación entre ambos a través de los patrones culturales continuamente activados entre la realidad y el lenguaje, y el lenguaje y la realidad.

Wittgenstein entiende que el significado de la lengua es su uso; es decir, el significado de las expresiones lingüísticas viene a ser su uso. Para ello se necesitan unos patrones culturales de referencia, dentro de los cuales el uso de la lengua tenga lugar. Una lengua no puede ir más allá de los límites del mundo; ella misma pertenece al mundo, al mundo de los hablantes, junto a las experiencias culturales, sociales, incluso simbólicas. Cada oración es una oración en el mundo y su forma tiene que corresponderse con la forma de una situación que quiere reflejar. Pero las diferentes situaciones no son situaciones exentas de elementos culturales y sociales, no son situaciones estereotipadas a las que pudiéramos referirnos consultando un diccionario de oraciones. El ajuste entre oración y situación se produce en el uso, y el uso viene determinado por elementos socioculturales.

Así, el lenguaje se origina en la vida cotidiana y toma a ésta como referencia. Los significados estructurados en las lenguas son, si acaso, pistas semánticas, utilizables como tales para que las expresiones enunciadas se acoplen a la realidad, integrada, no sólo por elementos naturales, sino por otros culturales y sociales. En este sentido la lengua es un instrumento de idéntico valor para Platón que para la campesina Etelvina que marcha charlando a su lado.

Observemos que dentro de las relaciones existentes entre lenguaje y cultura aquí expuestos, también se ha deslizado la función que la cultura juega en el campo pragmático o de uso de la lengua, que es donde la operatividad de lo cultural y lo social se refleja de manera más clara, por inmediata.

Como se ha visto, el habla folklórica a su vez constituye en sí misma un espacio amplio de estudio; razón por la cual, se exige una delimitación adecuada para su abordaje relevante, la que está dada por la demarcación dentro de los planos temporal y espacial. En tal sentido, este ensayo tiene como objetivo central efectuar un análisis sincrónico del habla folklórica peruana, así como plantear algunas estrategias aplicables en la educación básica y superior.

Actualmente, tenemos una variopinta gama de hablas regionales; pongamos por caso, al habla costeña en el norte, a la andina en el centro y la amazónica en el oriente. Todas ellas, matizadas por el folklore pluricultural y la naturaleza multilingüe de nuestro país. Así, por ejemplo, el habla folklórica piurana del pueblo de Catacaos, manifiesta variaciones en el plano fonológico⁵, especialmente marcadas, respecto a otras formas de hablas del centro y sur costeño. Posee un acento remarcado, ritmo cadencioso, entonación alta que configuran una forma de habla *sui generis* del Perú.

En este sentido, no se puede indicar la existencia de una, sino de muchas hablas folklóricas -una verdadera galaxia glotológica-, cada cual con características lingüísticas propias, pero también con características comunes. Es justamente, a partir de este principio de regularidad verbal que se ha de cimentar un planteamiento educativo tanto a nivel de la educación básica como superior. Sin embargo, ello no significa que las características atípicas (las marcas lingüísticas) no formarán parte de dicho planteamiento, sino que se irán introduciendo en un segundo momento del proceso pedagógico, cuando los estudiantes ya hayan reconocido las regularidades del lenguaje folklórico.

La educación formal como actividad humanizadora y socializante cuya responsabilidad recae en última instancia en el docente de aula, debe generar canales de interacción entre el hombre y su sociedad, el hombre y su cultura, e, indubitadamente, entre el hombre y su lenguaje popular.

El docente en tal propósito debe asumir el protagonismo propiciando la transformación cualitativa de sí mismo, de su práctica pedagógica y del entorno. Por el contrario, el docente manifiesta ciertas reticencias al momento de decidir por una enseñanza ligada al contexto -una enseñanza sociocultural-, puesto que, por un lado, en los centros formación profesional no se les formó para una práctica pedagógica que parta de la sincronía cultural de su medio; incluso las instituciones sociales responsables del desarrollo de la docencia, como el MED, el SUTEP, no se han preocupado en serio por la formación del docente en ejercicio profesional. De otro lado, la situación socialmente pauperizada del magisterio peruano ha hecho que, en las conciencias, frente a cualquier cambio fluya antes el temor, la desconfianza e inseguridad, que la convicción y el desafío.

⁵ Este tipo de variación supone no sólo los rasgos segmentales, esto es, el trastrocamiento en el empleo de sonidos y sus distintas adecuaciones en su expresión combinatoria, sino también los rasgos suprasedgmentales de acento, ritmo y entonación.

Los docentes responsables del curso de Lengua y Literatura, no son la excepción, son los que han de asumir la enseñanza reflexiva del folklore verbal actual desde una perspectiva sociocultural, rompiendo la inercia con el fin de salir de los moldes tradicionales de enseñanza que fosilizan y conducen a una educación lingüística retrógrada que nos distancia de las exigencias de los nuevos tiempos. Hacer que nuestra docencia sea única, rica y original respecto al de maestros de otras latitudes, es imperativo para configurar nuestra 'identidad pedagógica'. Desde este punto de vista, la innovación didáctica es uno de los caminos lógico-inductivos conducentes hacia el cambio positivo de la educación.

Ser conscientes que se puede enseñar *en, con, y por* la cultura para una mejor sociedad, es primordial dentro de una nueva mentalidad sociocrítica. El tratamiento educativo de la folklorología verbal peruana por multidiversa, ha de valerse de un método pedagógico que explore los fenómenos diastrático-diafásicos⁶ sincrónicos, es decir, las variedades sinstráticas⁷ y sinfásicas tales como el habla coloquial y el lenguaje vulgar.

⁶ La 'variación diastrática' agrupa a los llamados 'sociolectos' (variedades sinstráticas). Esta diversificación de la lengua se refiere a las diferencias en el uso de la misma que provienen de los diferentes estratos sociales, económicos y culturales. Los diferentes niveles se caracterizan por la preferencia o uso de determinadas pronunciaciones, construcciones gramaticales y palabras, pero existe una gran cantidad de elementos comunes. Además, esporádicamente aparecen rasgos de un nivel en hablantes de otro.

La 'variación diafásica' agrupa los llamados 'registros' o 'estilos' (variantes sinfásicas). Se produce cuando el hablante elige personalmente el uso lingüístico que convenga a cada momento, circunstancia dentro de un acto de comunicación; el cual va desde las posturas más coloquiales y espontáneas a las más formales. Todo depende del grado de participación lingüística en el momento de hablar. Por tanto, los registros, que son las variedades según el uso, no existen al margen de un sociolecto particular. Cada sociolecto tiene su variación diafásica. Dentro de los sociolectos existen subvariedades lingüísticas: los estilos, que son las únicas variedades en verdad realizables. En cada actuación lingüística el hablante pone a funcionar un estilo o registro específico de su sociolecto.

⁷ Toda lengua presenta un conjunto más o menos amplio de variedades sincrónicas (del griego *óōi* 'con' 'juntamente'), sintópicas, sinstráticas y sinfásicas. Es necesario tener en cuenta que todos estos tipos de variedades se entrecruzan, de modo que para lograr la caracterización adecuada de una de las manifestaciones de una lengua hay que aludir a su adscripción a cada uno de estos cuatro parámetros. Es necesario, por tanto, caracterizar cada variedad con respecto a estos cuatro parámetros para lograr su individualización: el español culto de Lima Metropolitana propio de las situaciones formales en la actualidad, por ejemplo. Sólo de este modo podemos conseguir una delimitación de un sistema lingüístico congruente.

Un primer ámbito del folklore verbal está dado por *el habla coloquial*, el cual se hace más frecuente en los medios de comunicación social y en el ámbito conversacional. La principal manifestación de lo coloquial se encuentra en actos comunicativos no escritos. Todos los hablantes emplean la lengua en un registro coloquial, en el que pueden darse de vez en cuando vulgarismos originados por transgresiones de la norma. La lengua utilizada es común a la gran mayoría de hablantes que pertenecen a un nivel sociocultural medio y bajo. Su empleo es espontáneo, ya que utiliza la lengua común con la libertad y el descuido que permite la situación coloquial. Puede tener el riesgo de imprecisión y ambigüedad, que queda suplido por el uso de otros elementos extralingüísticos. Los aspectos generales que caracterizan este nivel de lenguaje son: subjetividad del hablante, la economía de medios lingüísticos y la apelación al oyente.

Dentro de los rasgos fonéticos recurrentes tenemos: Entonación expresiva: “*¡Cómo que no!*”; la dicción rápida, que propicia al desgaste de fonemas: “*Ciuda(d), Avenida (de) La Marina*”; aparición frecuente de la función fática para eliminar interferencias: “*¿Me oyes?, ¿Aló?*”

Dentro de los rasgos gramaticales y léxico-semánticos frecuentes tenemos: Uso de nexos innecesarios (polisíndeton): “*Y entonces va y dice que...*”; o desaparición de nexos necesarios (asíndeton) que convierten las oraciones en yuxtapuestas: “*Llegó, no dijo nada, se metió en su cuarto...*” Uso de pronombres éticos para introducir psicológicamente al hablante: “*Mis chicos no me estudian nada*”. Aparecen incisos excesivamente amplios, que a veces rompen el hilo lógico de la frase o incluso el tema inicial del diálogo. Uso de formas impersonales, la segunda o tercera persona gramatical por la primera: “*A mis padres, cuando les quieres decir algo, ni te escuchan*”; “*Ya está harta de tantas tomaduras de pelo*”. Aparición frecuente de deícticos que reflejan la situación y provocan elipsis: “*Ahí lo tienes; Es aquél*”. Empleo de expresiones de apoyo para comenzar el diálogo: a) nexos: “*Pues te diré; Bueno, ya sabes...*”; “*Entonces me contesta que...*”; “*Conque le respondí que...*” b) vocativos de tratamiento: “*Caballero...; Sr. López...*” c) vocativos de cordialidad o captación de su simpatía: “*Oye, encanto*”, “*oye cariño*”; “*Hijo, piensa un poco*” (dicho por un profesor a un alumno); vocativos de rechazo o insulto: “*Idiota, déjame en paz*”; “*cállate cerdo*”; d) Interjecciones propias y otras palabras u onomatopeyas: “*¡Caray con el niño!*”; “*¡Mi madre!*”; “*¡Por amor de Dios!*”; “*¡Mosca!*”; “*¡Cuidado!*”. Uso de expresiones pleonásticas que refuerzan la expresividad por ser reiteraciones innecesarias: “*Lo sé, vaya si lo sé*”. Aparición

de muletillas, palabras comodín, palabras de moda: “Oye tío, esto es un mal rollo, una lata”. Ampliación del significado de las palabras, según sea la situación: ironía, intención burlona, etc.: “Eres una lumbrera”, “eres un lobo” (por alguien poco estudioso). Expresiones de relleno. Suelen ser interrogaciones retóricas, apoyos autoinformativos, muletillas personales o colectivas: “Digo yo...”; “¡Cómo diría yo!”; “¿Me has oído?”; “¿Qué hacer?”. Fórmulas para proseguir una conversación: “Por cierto...”; “A lo que iba...”; “Cambiando de tema...”; “Como te iba diciendo...” Fórmulas para finalizar una intervención: “...y punto”; “...y listo”; “...y basta”; “Total que...”; “En fin...” Abundancia de locuciones que intensifican la expresión, que comparan: “Me dijo tales cosas, que para qué te voy a contar”; “esto es pan comido” (muy fácil); “y él dale que dale” (insistencia), “sabe un montón” (mucho). Utilización de recursos expresivos para ponderar, intensificar, exagerar: a) Diminutivos y aumentativos con valor afectivo: “¡Vaya semanita!”; “¡Qué cabezota!”; “Dame dos dolarillos, mami.” b) Fórmulas de afirmación, negación, indiferencia: “¿Cómo no?”, “Faltaría más”; “Ya lo creo”; “Ni loca”; “Ni hablar”; “Ni de broma.” c) Fórmulas de cortesía: “Tanto gusto”; “Muy amable”; “No se moleste.” Intensificación en los adjetivos: “divino, fenomenal”; expresiones enfáticas de cantidad: “una enormidad”, “un montón”; comparaciones exageradas: “la cabeza hecha un bombo”; creación de curiosas metáforas: “estoy hecho polvo”. d) Como los interlocutores conocen la situación, utilizan con frecuencia oraciones suspendidas: “Si yo te contara...” e) Hay una tendencia a economizar medios expresivos (elipsis), a través de oraciones sincopadas: “Y desde éste hasta Natalia, nueve años”. f) El anacoluto es muy frecuente: “El sujeto es cuando concuerda con el verbo...”

La norma es más flexible en el uso coloquial que en los registros más formales, de modo que ciertos hechos lingüísticos son aceptables en el primer caso y considerados vulgares en el segundo (es lo que sucede con la pérdida de la -d- intervocálica en los participios en -“ado”).

En las clases más populares, los rasgos coinciden con el nivel coloquial medio; sin embargo, poseen algunos rasgos adicionales tales como: 1) Pronunciación relajada (participios en “-ao”) 2) Orden subjetivo en la expresión sintáctica, oraciones suspendidas, repetición de enlaces, vacilaciones, preferencia por las estructuras simples, sin conectores. 3) Expresiones deícticas pronombres y adverbios de lugar: “El libro ese es muy aburrido” debido a la dependencia de la situación comunicativa. 4) Pleonasmos y redundancias: “Lo vi con mis propios ojos”, “lo escribo de puño y letra” 5) Impersonalización:

por modestia o para generalizar: “*uno piensa que...*”, “*se dice que...*” 6) Uso abundante de hipocorísticos: diminutivos o deformaciones de los nombres propios o comunes aplicados cariñosamente “*la bici*”, “*la mili*”, “*Pepe*”; de aumentativos o diminutivos, de vocativos o imperativos deslexicalizados: “*mira*”, “*oye*”, “*atiende*”; abreviaciones: “*bici*”, “*profa*”, “*celu*”, “*biblio*”, “*pelu*”, “*merca*”. 7) Comodines y muletillas: “*Bueno, pues entonces...*” (función fática) 8) Metáforas e hipérboles coloquiales: “*era grande como una casa*” 9) Numerosas incorrecciones sintácticas (anacolutos), entre las que son más frecuentes los errores de concordancia, la carencia de preposición cuando ésta viene exigida por el verbo, la eliminación de la preposición ante el relativo y la ruptura y truncamiento de la oración: “*Yo eso no me gusta*”; “*Tú entre todos puedes hacerlo*”. 10) Valor de la entonación, particularmente la exclamación, así como el uso de interjecciones. 11) Encarecimiento de algo por medio de adjetivos: “*es muy fashion*”; de complementos: “*está de sapo*”, “*son unas rebajas de locura*”; de adverbios intensificadores: “*producto tremendamente bueno*”, “*canción terriblemente conocida*”; de repeticiones: “*es un trabajo duro*”. Estos recursos se desgastan rápidamente, por lo que se olvidan muy pronto y se sustituyen por otros nuevos.

El argot popular es rico en voces, consonancias y expresiones que definen a la perfección la antología del vocabulario. Se constituye en una forma de habla de grupos sociales populares con finalidad críptica o secreta. El uso particular de la lengua identifica a estos miembros, aislándolos y defendiéndolos del resto de la sociedad (vendedores ambulantes, oficios, etc.). En su agenda particular cada pueblo guarda una extensa y valiosa connotación con cierta trascendencia. Lenguaje folklórico, en suma, heredado de sus antepasados y que reacciona con cualquier alteración morfológica ante las circunstancias que han rodeado y rodean al medio urbano y rural recientemente.

La fraseología reciclada sigue dando mucho que hablar, mientras a los buenos entendedores les basta con cuatro palabras. Verdaderamente, algunos dichos dejan atónitos a quienes no dan crédito a lo que oyen. Veamos: “*No entiendo ni papa*”, “*no querer bajarse del carro*”, “*no da su brazo a torcer*”, “*es harina de otro costal*”, “*están cortados por la misma tijera*”, “*es un don Juan*”, “*se vendió como pan caliente*”, “*a otro perro con ese hueso*”, “*son tal para cual*”, “*tiene boquita de caramelo*”, “*es un fosforito*”. Estos son los modismos.

Los modismos son peculiares modos de decir, expresiones de tono irónico, ponderativo, comparativo., pero siempre de raíz puramente familiar, que sin

someterse estrictamente a las reglas gramaticales, y aun a veces desfigurando de cierta manera el puro, castizo, concepto original, comunican al lenguaje hablado cierto donaire, le prestan una muy expresiva viveza.

No debemos confundir el modismo con el refrán. Los refranes tienen más bien una finalidad didáctica; dan la sensación de que se proponen, muy principalmente, enseñar, adoctrinar en las más diversas materias del pensamiento. Por ejemplo: *“Dime con quien andas y te diré quien eres”*, *“Si el río suena es porque piedras trae”*, *“Más vale perder un minuto en la vida que perder la vida en un minuto”*, *“A caballo regalado no se le mira el diente”*, *“Quien mucha abarca poco aprieta”*, *“Por la boca muere el pez”*, *“A palabras necias oídos sordos”*, *“A mal tiempo buena cara”*, *“Aunque te vistas de seda mona te quedas”*, *“A falta de pan buenas son tortas”*, *“El hábito no hace al monje”*, *“No hay palabra mal dicha sino mal interpretada”*, *“Camarón que se duerme se lo lleva la corriente”*, *“Donde manda capitán no manda marinero”*, *“Mas sabe el diablo por viejo que por diablo”*, *“Dios aprieta pero no ahorca”*, *“Cría cuervos y te sacarán los ojos”*, *“Cuando hay hambre no hay pan duro”*, *“A lo hecho, pecho”*.

Por eso, los refranes adoptan siempre un tono sentencioso, un cierto empaque filosófico, parecen proponerse, sentar cátedra, como quien dice ‘cátedra popular’. No parece sino que pretenden imponer ciertas normas de conducta social o de regla moral. En cuanto a su forma, el refrán se nos muestra siempre con un pretencioso ropaje, literario y se expresa en versos, a modo de pareados, pero siempre defectuosos de forma.

En cambio, los modismos, sin apariencias literarias, sin pretensiones filosóficas, aportan al caudal popular de nuestra lengua sencillas frases o locuciones que representan variados y certeros modos de decir las cosas, pero siempre con un rigor lógico que ya quisieran para sí muchos “pensadores”.

Respecto al empleo de los modismos, la Real Academia de la Lengua dice que “no los desdeñan escritores muy pulcros”, y el ilustre, maestro del lenguaje don Narciso Alonso Cortés dice a este respecto: “Los modismos, lejos de ser dañosos a un idioma, le dan un sello peculiar. Deben usarse, sin embargo, con oportunidad. En un escrito de carácter serio, por ejemplo, sería inoportuno emplear determinados modismos de tono claramente familiar y chancero”.

Efectivamente, no es raro encontrar, leyendo buenos escritores, algún que otro modismo bien empleado, que no quita brillantez al lenguaje empleado por el escritor, antes “caen bien”.

Los modismos son siempre anónimos. No es conocido el nombre de la persona que lo inventó o lo usó por primera vez. Todos tienen su autor en el pueblo. Son hijos legítimos del acervo común de la cultura popular, de ese “leal saber y entender” que atesoran las gentes del pueblo, las gentes anónimas. Pero revelan siempre ser producto de una muy atenta y muy certera observación de la vida real y una manera muy sutil de conocer, comprender y saber expresar todos los azares, todas las peripecias, de la popular vida cotidiana. No hay idea, no hay pensamiento, no hay latido de la vida popular que no pueda expresarse con un modismo, y así a cada paso, nos encontramos en un diálogo corriente con las gentes ante expresiones, aparentemente sin sentido lógico, como “*colgar los hábitos*”, “*tirar la casa por la ventana*”, “*ahogarse en un vaso de agua*”, “*hablar hasta por los codos*”..., y por este mismo tenor miles y miles de modismos, frases, locuciones, que al parecer carecen de sentido, pero que son dichas con naturalidad y todo el mundo las entiende en todo su rigor semántico. A veces, y en determinados casos, mejor entendidas que si fueran expresadas en lenguaje directo.

Queremos ponderar la asistencia de público a un determinado espectáculo, y decimos: el local estaba “*de bote a bote*”, “*estaba full*”, “*estaba al tope*”, “*allí ya no entraba ni un alfiler*”...

Queremos trazar la figura de una persona conocida, pero no precisamente por su buen comportamiento, y decimos: “*no sé por qué, siempre le tenía mala espina*”, “*no fue nunca de fiar*”, “*árbol que nació torcido nunca su tronco endereza*”, “*es una joyita*”...

Por el contrario, deseamos poner de manifiesto las buenas cualidades de una persona conocida, y diremos que “*es un lobo*”, que “*es un monstruo*”, que “*es un trome*”, que “*es un capo*”, que “*es un pan de Dios*”, ...

Acudimos a los modismos cuando queremos expresar determinadas ideas de una manera indirecta, menos brusca que la que suele emplear el lenguaje normal. El modismo permite exponer ciertas ideas con un rodeo o perífrasis, o bien con una metáfora, lo que equivale a emplear palabras que tienen una relación de semejanza o de comparación con la idea que deseamos expresar. La metáfora es el tropo ‘más usado’. Constantemente, en toda clase de escritos y aun en la conversación corriente, a cada paso tropezamos con la piedra de la metáfora, y decimos que “*la noche está negra*”, o que la familia es “*la piedra angular de la sociedad*”, o que llovía con tal fuerza que “*caían púas de punta*”...

Modismos, perífrasis, metáforas son, en suma, eufemismos, o sea medios que empleamos, aunque no sepamos que se llaman así, para dar a nuestro lenguaje un tono más ameno, más variado, para no hablar tan descaradamente con nuestros amigos, con nuestros convecinos, con las gentes que de ordinario tratamos.

Los modismos nos permiten expresar conceptos que de otro modo tendríamos reparo en expresarlos, porque podrían caer mal en quienes nos escuchan. A veces, encierran más valor, son más expresivos no por lo que en sí dicen, sino por la forma en que los decimos. Ya es sabido aquello de “no me molesta lo que me han dicho, sino el retintín con que me lo han dicho”. De ahí que, con el paso de los tiempos, muchos modismos muy usados han perdido una parte de su consagrada frase, que, sin embargo, queda bien entendida por la intención que se ponga al pronunciar el modismo. Un ejemplo: “*Barriga llena, corazón contento*”. Este modismo, con el uso, ha perdido la segunda parte, “*corazón contento*”; pero ya se encarga el uso cotidiano de poner un especial énfasis al decir “*Barriga llena...*” y quedar intencionadamente suspendido el resto de la afirmación. El final queda sobradamente entendido.

De otro lado, el argot popular también se encuentra en el *lenguaje juvenil*. Los(as) jóvenes inventan nuevos términos y transforman el significado de otros. Son las jergas, nuevos lenguajes que corren de boca en boca por los pasillos de las escuelas, institutos y facultades. Según Javier Elzo, catedrático de Sociología de la Universidad de Deusto, las jergas se convierten en un elemento identificador cuando pertenece a colectivos minoritarios de una ideología minoritaria; en el resto de casos, los adolescentes tienen un lenguaje muy similar, que se distingue más en razón de la edad y el género que del grupo al que se pertenece. Así tenemos por ejemplo: “*¿Cuál es tu gracia?*”, “*Choque y fuga*”, “*Relax flaca*”, “*¿Qué palta?*”, “*Clarines viejo*”, “*un toque*”, “*Full relax*”, “*Tú eres mi amix*”, “*Caleta ps*”, “*Tu papiriki*”, “*Hay bronca*”, “*¡Qué loco!*”, “*¡Qué pacharaco!*”, “*¡Ése es un naco!*”, “*Pucha, que monse eres*”, “*Ya fue*”, “*Ya me quito*”...

Al contrario de lo que se pueda creer, sociólogos y lingüistas coinciden en afirmar que las jergas no empobrecen el lenguaje, ya que este empobrecimiento sólo llegaría cuando el joven no pudiera cambiar de registro al salir de su grupo, es una forma pobre de comunicarse por la abundancia de vulgarismos, pero rica en cuanto a creatividad. Las jergas forman parte de una etapa de la vida, la adolescencia y la primera juventud, en la que se busca una estética diferente.

Otro ámbito del lenguaje popular es el *lenguaje vulgar*. Se considera que un hablante está clasificado en este nivel cuando no es capaz de cambiar de registro y adecuar su mensaje a otros niveles. El hablante descuida la lengua no voluntariamente sino por falta de instrucción. El rasgo peculiar de este nivel es el vulgarismo, que consiste en el desconocimiento o transgresión de la norma gramatical y lingüística. Puede ocurrir que el vulgarismo sea intencionado, es decir, que lo emplee un hablante culto por una circunstancia concreta o con fines literarios.

Dentro de los rasgos fonéticos más recurrentes tenemos: Vocalismo incorrecto: apertura o cerrazón de vocales (*medecina*), desaparición de diptongos o formación de falsos diptongos (*vente por veinte*); vacilación en el timbre de la vocal átona (*sigún*); vocales pertenecientes a palabras distintas se pronuncian como diptongo (*ti aseguro*), a veces diptongan la vocal (*juegar*), y en otras ocasiones, los diptongos monoptongan (*frego, Usebio*); apócope de vocal de *me, te, se, le, que, de*, (*vengo d'alli, s'arrepiente*). Consonantismo incorrecto: pérdida y cambio de consonantes ("*na*" por *nada*, "*ca*" por *casa, cocreta, Grabiél*), cambio de "*b*" en "*g*" y viceversa (*güeno, abuja*); desarrollo de una "*g*" ante el diptongo "*ue*" (*güevo, güeso*); aparición de consonantes (*asín*); confusión de "*d*" por "*t*" ó "*z*" (*parez, Madrit*); relajación de los fonemas /*d*/, /*g*/, /*r*/ (*esperdiciar, aúja, pa(para)*), "*piazo*" (*pedazo*); desaparición de la -*d*- intervocálica (*calzaó, comío*); ultracorrección (*bacalado*); alteración de *r* y *l* (*arquiler*).

Dentro de los rasgos gramaticales frecuentes tenemos: Alteraciones de género (*la reuma, la hacha*). Empleo de formas verbales incorrectas: pretérito indefinido (*andé por anduve*), imperativo (*sentaos por sentados*); verbo haber impersonal en forma personal (*habían sillas por había sillas*); confusión en el empleo de deber y haber de en perífrasis deber + infinitivo = obligación (*debes esforzarte más*); deber de + infinitivo = probabilidad (*deben de ser las ocho*); empleo del infinitivo en lugar del imperativo (*venir mañana temprano, por venid...*). Laísmo, leísmo, loísmo (*la miré las piernas, le vi en el metro*). Alteración en el orden de los pronombres personales: *me, te, se*, fenómeno que recibe el nombre de solecismo (*te se fue, me se vio*). Transposición o duplicación de la "*n*" de plural en los pronombres enclíticos (*callensen*). El dequeísmo es el empleo incorrecto de la preposición de detrás de verbos con complemento directo, por confusión con otros verbos que sí necesitan la preposición de por tratarse de un suplemento: *Siempre trató de que fueras de vacaciones (correcto); Me comentó de que vendrías (incorrecto), Digo de que es peor*

(*incorrecto*). Mala formación de comparativos (*Es más mayor que*) o uso de los comparativos perifrásticos (*más pequeño por menor, más bien por mejor*). Falsa división de palabras (*se fue en la amoto; la arradio*). ?Discordancia: *se da como seguro la dimisión (segura)*.

Dentro de los principales rasgos léxico-semánticos tenemos: Empleo de arcaísmos: “*haiga*”, “*semos*”, “*dimpués*”, “*enantes*”, “*truje*”, “*cuantimás*”. Formación de términos hipocorísticos o apocopados (*La Chelo, el lucho...*) Empleo del artículo delante del nombre propio y de los sobrenombres (*la Mari, el Miguel*). Confusión en el significado de partículas (*igual, lo mismo por a lo mejor: Voy a casa, igual aún está allí*)

III. A modo de conclusión

En suma, cabe concluir que la lengua que hablamos es obra de todos, es labor de la cultura popular, y la lengua popular es una manifestación más del folklore, “algo que como el lenguaje -y con él- se adquiere casi irreflexivamente y llega a constituir un importante ingrediente de nuestra identidad entre los demás pueblos. En nuestra niñez y en nuestra familia hemos aprendido refranes, cuentos, anécdotas, chistes, historias, canciones, una forma de vivir y de mirar la vida”. (Díaz, 1988: 9-16)

La valiosísima aportación del folklore al enriquecimiento de nuestra lengua castellana es, pues, evidente, y se manifiesta de una manera muy señalada en el uso de modismos, locuciones populares que forman una parte esencial de la lengua castellana en nuestro país. Estas manifestaciones lingüísticas son la memoria colectiva que se redime en cada acción cultural del hombre peruano.

El folklore está presente en las mallas curriculares del sistema educativo: desde Preescolar, pasando por el nivel Inicial, Primario y nivel Secundario hasta el nivel Superior; sin embargo, no se formulan efectivamente objetivos que tiendan a conseguir de forma progresiva una serie de actitudes que directa e indirectamente estén relacionados con el respeto y la toma de conciencia sobre nuestro folklore andino y amazónico.

Como señala el maestro peruano José Virgilio Mendo al referirse a las tendencias que se pueden observar en las prácticas educativas: Los docentes debemos contrarrestar en nuestros procesos de enseñanza-aprendizaje la tendencia a erradicar el pensamiento histórico, ya que crea mentes acríticas y ahistóricas; por lo que se propone el ‘aprendizaje concreto’, es decir, de contenidos concretos, entendiendo por concretitud el esclarecimiento

proporcionado por la teoría y por la determinación de la práctica. La práctica como criterio de verdad. (cf. Mendo, 2006). Por todo ello, parafraseando a Vallejo decimos: “Hermanos, hay muchísimo aún por hacer” en nuestras prácticas educativas.

Referencias Bibliográficas

- ALONSO CORTES, Narciso (1 985) *Ensayos sobre literatura regional castellana*.
- BRUNVAND, J. (1 968) *The Study of Folklore*. New York: Norton Library.
- CARVALHO NETO, Paulo de. (1 961) *Folklore y Educación*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- DÍAZ VIANA, Luis. (1 983) “La tradición oral”, en *Revista de folklore*, N° 31, p. 9-16. Ed. Caja de Ahorros Popular de Valladolid.
- DURANTI, A. (2 000) *Antropología lingüística*. Madrid: Cambridge Univ. Press.
- GARCÍA MATEOS, Ramón (1 988) “Notas acerca de la literatura de tradición oral” en *Revista de Folklore*, N° 94, p. 126-130. Ed. Caja de Ahorros Popular de Valladolid.
- MINISTERIO DE EDUCACIÓN DEL PERÚ .1965. *Folklore como ciencia*. Lima, Escuela Nacional de Música y Danzas Folklóricas.
- MENDO ROMERO, J. V. (2 006) *Entre la utopía y la vida. Ensayos sobre Filosofía, educación y sociedad*. Lima: Ediciones Pedagógico San Marcos.
- PETRINI, ENZO. (1 963) “Del folklore a la literatura”. Cap. 2, en *Estudio crítico de la Literatura juvenil*. Madrid, Edit. Rialp.
- RODARI, Gianni. (2 000) *Gramática de la Fantasía. Introducción al arte de inventar de historias*. Madrid: Ediciones del Bronce.
- SCIACCA, G. M. (1 976) *El niño y el folklore*. Ed. Taurus. Madrid, 1976.
- TORNER, Eduardo M. (1 965) *El folklore en la escuela*. Buenos Aires, Lozada
- WHORF, B.L.(1 970) *Lenguaje pensamiento y realidad*. Barcelona, Barral.